

pretendía tener origen divino, y recibía homenajes como bienhechor de la humanidad. Todos los países reconocen un personaje mítico ó divino con su historia mitológica; pero esto no puede servir de verdadera prueba histórica.

Al llegar los europeos á América encontraron civilizaciones desaparecidas y civilizaciones florecientes. Es indudable que en todos estos países civilizados existían restos muy anteriores al siglo xvi que pueden ser considerados como pertenecientes á un período desaparecido. Especialmente en el Perú se hallaron restos de una civilización mucho más antigua que la época del descubrimiento. Parece que los incas procedían de la región del lago Titicaca; al llegar los españoles poseían un reino vastísimo que llegaba desde el Ecuador hasta el trópico meridional. Podemos, pues, conjeturar que los grandes edificios de Tiaguano, las ruinas de Acapana y Pumapunca son más antiguos que las obras de los incas, á los que se atribuyen algunas construcciones en las islas del Titicaca. Hay diferencia entre los dos estilos, pero no basta para determinar fijamente la de las épocas á que pertenecen. Cada época artística muestra un regreso voluntario á las antiguas formas arquitectónicas macizas. Hay pocas ruinas de edificios en el Perú que no sean inferiores á las de Tiaguano en cuanto al predominio de dicha arquitectura. Esos colosales edificios no deben ser obra de una sola generación: habrán surgido poco á poco entre influencias exteriores mudables. Pero, por lo arriba dicho, no se les puede atribuir una antigüedad muy remota. Las más sólidas construcciones podrían resistir poco tiempo las persistentes lluvias tropicales y la vegetación que cubre las murallas y brota por todas las hendiduras. El buen estado de las piedras en las gradas, demuestra que no se subió mucho por ellas; pero en algunas su carácter religioso pudiera ser la causa de esta circunstancia. Nada, pues, positivo indica en la etnografía de los antiguos americanos un origen muy lejano, si no es el período que hemos de suponer necesario para el desenvolvimiento espontáneo de esta civilización. Las diferencias existentes parecen causadas por diferencias de condiciones locales y decadencias de una civilización ya alcanzada, que tuvieron lugar en distintos tiempos, más bien que por un desarrollo de varios principios imperfectos. En el espacio que encierran las fronteras consideradas por los cronistas españoles como límites del reino de los incas, acaso se puedan admitir tres puntos como focos de civilizaciones especiales. En esto opinamos como Squier, que es el primero que nos da una descripción detallada de uno de los más notables de estos desenvolvimientos particulares, el de Gran Chimú, cuya capital yace hoy convertida en ruinas cerca de la ciudad de la costa que actualmente lleva el nombre de Truxillo. La grandiosidad de las ruinas de Chimú nos da una idea elevada del adelanto de ese Estado libre, que resistió á los incas durante tres generaciones. Las colosales ruinas que se ven á orillas del Titicaca y la tradición hacen suponer que las tribus aymaras que habitaban las regiones al Sud de dicho lago, habían alcanzado casi el mismo grado de cultura. Pero no hay fundada razón para creer que entre todos los pueblos que precedieron á los incas hayan sido aquéllos los más poderosos y cultos. Ese tiempo incierto durante el cual el poder inca se consolidó en el Perú central, creó otro foco correspondiente de poder y de cultura en el Cuzco. En el Norte, en los elevados territorios de Quito, habíase desarrollado, en siglos más lejanos, una notable civilización y formóse un Estado, el reino independiente de Quito, hasta que en el siglo xv fué conquistado por el poderoso Huaina Capac y reducido á provincia del Perú.

El Yucatán parece haber llegado á un grado de adelanto mucho mayor que Méjico y Palenque. Los edificios son grandiosos, pero la escritura marca sin duda el mayor desarrollo de la civilización americana: en el siglo xvi se tenía en mucho aprecio la escritura de los mayas. El padre Alonso Ponce, que visitó el Yucatán en el año 1588, refiere que antes de la llegada de los españoles, los indígenas usaban ya signos y letras por medio de las cuales escribían su historia, las ceremonias, el orden de los sacrificios que ofrecían á sus ídolos, calendarios, etc. Luego alaba su honestidad, y añade que no practicaban el canibalismo.

¿Cuándo y por qué decayó el arte de estas obras maravillosas de arquitectura y escultura? Esta decadencia no puede atribuirse á la llegada de los europeos ni á la subsiguiente conversión de los indígenas y abandono de su culto falso, causa y origen de aquellos monumentos; y así lo prueba el que muchos de ellos estaban ya ruinosos cuando se verificó el acontecimiento más notable en la historia de los pueblos americanos. El no mencionarlos los historiadores es otra prueba de que no sucedió en ellos nada notable anteriormente á la conquista. A excepción de Copán y Quirigua, ciudades por cerca de las cuales pasó Cortés en su célebre expedición al Yucatán, ninguno de los caudillos que después siguieron hace indicación alguna sobre tales construcciones, lo cual demuestra que aquellas plazas estaban ya desiertas. Los testimonios de los contemporáneos de los conquistadores prueban que los grandes edificios del Yucatán habían sido ya abandonados por los indígenas, y que su origen era desconocido.

Las magnificencias de Copán están á algunos metros de profundidad cubiertas de escombros y de barro y algunas esculturas han sido rotas por la presión de las raíces de corpulentos árboles que sobre ellas han crecido; de modo que la hipótesis de Stoll, de que estos lugares fueron deshabitados por los cazadores de esclavos del siglo xvi apenas puede tener más valor que el que le dan las relaciones puramente locales. La citada opinión no puede aplicarse, según las investigaciones de Maudslay, á Quirigua, cuyas ruinas la hicieron nacer en la imaginación de los anteriores investigadores.

Cada país y hasta cada tribu tenía en sus tradiciones algún héroe de la civilización, y á la manera que hoy día, para los indios montañeses de Méjico el día del santo patrón de la aldea es la fiesta mayor del año, así también antes de la llegada de los españoles debieron celebrar el aniversario de algunos de esos héroes civilizadores. En varias partes se nota tal analogía entre estas tradiciones, que sin duda deben haber pasado de un lugar á otro. En su esencia se reducen á decir que los hombres eran pescadores ó cazadores, el país extremadamente húmedo y frío, que la tierra no producía casi ningún alimento, y que los habitantes devoraban á veces á sus propios hijos: no había fuego y eran desconocidas las cabañas, así como las prendas de vestir. En esta triste época apareció de pronto desde el Occidente una multitud de extranjeros, guiados por Zama ú otro héroe, al que se atribuye sobre todo la invención de las artes gráficas y que es el fundador de la civilización. A su llegada se hablaba en esas regiones la lengua maya; la palabra *maya*, que significa tierra sin agua, era el nombre del país y de los habitantes. Las tradiciones mejicanas cuentan que el país estaba poblado por gigantes, que fueron vencidos por los toltecas. El héroe lleva en esta tradición otro nombre, y se le considera como mago, sacerdote y fundador de un nuevo culto. Algunas tradiciones dicen que los extranjeros llegaron del Sud, y otras del Noroeste. Los chibchas honran á Chimizapagua como héroe

de la cultura, que llegó de Oriente y se titulaba mensajero de Dios. A él se atribuían sabias leyes, el arte de hilar y tejer: enseñaban la huella de su pie en una peña y contaban que había alejado el diluvio del país y creado una gran cascada. Los peruanos afirmaban que su salvador Biricoja salió del lago Titicaca; pero decían al propio tiempo que había creado el mundo, y á causa de esto atribuían á la influencia del padre original de los incas, Manco Capac, todo lo que antes atribuían al dios citado. Por lo general, estos héroes eran de tez clara, barbudos y muy altos.

Con la leyenda india de la creación del hombre relaciónase el hecho de que la aparición de pueblos enteros salidos de las cavernas sustituye á las precitadas leyendas de tribu. Varias veces encontramos el nombre de *Siete cavernas* aplicado á las poblaciones; pero es sumamente difícil identificarlo, tan difícil como buscar el país de origen situado al Este á partir del momento en que el héroe de la civilización se confunde con el portador del fuego ó con el mismo sol.

Lo que en estas tradiciones no es propiedad general de los americanos lleva el sello local. Esto procede de falta de imaginación: aun en las grandiosas teorías hay diferencias determinadas por la localidad. En un valle la tierra fué destruída primero por el fuego, luego sumergida por el agua; en el valle vecino el relato es opuesto; en la montaña el primer destructor fué una tempestad. Lo mismo sucede con las tradiciones que se refieren á la emigración de las tribus. Los recuerdos trasponen raras veces las fronteras naturales de los territorios, y cuando las pasan llegan á ser tan oscuras que es imposible determinar el punto á que se refieren. Así es que no nos quedan más que los hechos etnográficos para la historia antigua de América.

Entre éstos no hay que fijarse en los que se presentan aislados, tales como por ejemplo los resultados de su grandiosa actividad constructora, sino que es preciso apreciar el conjunto de todo lo que nos resta de aquellos pueblos en su verdadero valor histórico.

Los elementos mitológicos confundidos en las tradiciones apenas corresponden con los hechos; el pasado queda envuelto en densa niebla. Cuando este pasado no es ya tan remoto, encontramos por primer hecho positivo las emigraciones de los toltecas, pueblos que aparecen con este nombre en la tradición mejicana como fundadores de la cultura y que andando el tiempo fueron subyugados por sus vecinos los aztecas, que llegados del Noroeste, los expulsaron de Méjico, obligándolos á desparramarse por la América central hasta las fronteras de Costa Rica. Por más oscura que sea la antigua historia de los pueblos del centro de América, es innegable el hecho de que un pueblo civilizado de origen mejicano se diseminó por toda aquella comarca, y que si no fué verdaderamente el fundador ó favorecedor de la civilización, se relaciona bastante con ella.

La frecuencia con que encontramos nombres mejicanos de lugares en los territorios comprendidos en los límites citados, la coincidencia entre tradiciones mejicanas y americanas-centrales, la presencia de nombres mejicanos en la misma leyenda genética de los quiches y las sorprendentes analogías en las costumbres, no permiten abrigar duda alguna sobre este punto.

Por antiguas noticias del Yucatán se sabe también que los toltecas llegaron del Este por mar; pero es sorprendente que no haya quedado huella de ellos en los nombres de las localidades, ni que se pueda afirmar su presencia por el mero testimonio de los descubrimientos arqueológicos.

La experiencia aconseja que no nos precipitemos en juzgar cuando, aceptados como ciertos los gérmenes de civili-

zación y hecha la pregunta de quiénes fueron los que desde el punto en que aquéllos se encontraban los extendieron por otros territorios, se nos conteste generalmente que fueron los toltecas. «Lo que los celtas en la europea, fueron los toltecas en la prehistoria americana»: esta manera concentradora de ver las cosas tiene sus ventajas, sobre todo la de la sencillez, que no puede sin embargo ser considerada como razón decisiva. Decía en 1811 un americanista: «Oscuro é incierto es lo que pudo haber existido antes de los toltecas; difícil es decir si los primitivos habitantes fueron salvajes ó en parte civilizados. Con la aparición de los toltecas nace la luz en la historia de los pueblos americanos, siendo para el historiógrafo de la civilización un hecho interesante ver difundir por un solo pueblo en tan grande espacio los comienzos de la cultura. Sobre los cimientos

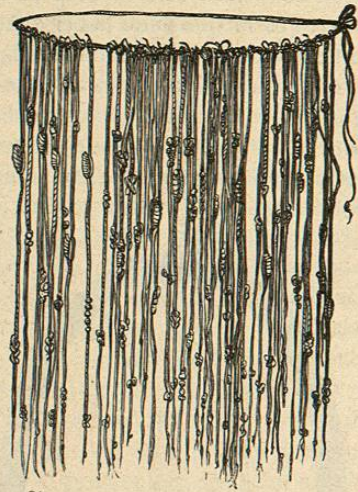


Bolsa del cementerio de Ancón. (Según Reiss y Stubel)
1/8 de su verdadero tamaño.

echados por los toltecas edificaron las distintas tribus que ó bien emigraron con ellos ó aun siendo anteriores se vivificaron con el espíritu tolteca.» Pero después de lo que sabemos acerca del valor de estas antiguas tradiciones americanas, no podremos suponer un fundamento sólido en tal hipótesis, y mucho menos cuando pretende seguir las huellas de la influencia tolteca hasta en el Perú, ó cuando supone que los toltecas llevaron desde la América del Norte (donde en un principio sólo es conocida como *monada*) á Anahuac y luego al Yucatán y á la América central la pirámide que está extendida por todo el universo, ó cuando finalmente se explica el hecho sencillísimo de no existir en la América central, en la época de la llegada de los europeos, ningún poderío como el de la meseta de Anahuac, diciendo que los toltecas no formaron en aquella ningún Estado propio, sino que hallaron refugio y amparo entre los quiches, que eran los señores del país.

Se habla de las emigraciones como si todas se hubiesen verificado contemporáneamente. Dícese que las tradiciones del Ecuador y del Perú indican que el gran movimiento de los pueblos americanos llegó hasta el Perú; pero en América nadie conoce una emigración tan considerable de pueblos. La correspondencia en las bases de la religión y de las instituciones sociales tampoco es resultado de una tradición única, como pudiera decirse hablando de la cultura europea. Hay que tener en cuenta, no tan sólo el cambio de localidad, sino también el decaimiento y la nueva formación de tribus, y por decirlo así, de Estados. No faltan

pruebas de la movilidad de los indios del Norte. Colden, en su *Historia de las cinco Naciones*, refiere que los indios llevaron sus empresas guerreras por el Sud hasta la Carolina, por el Norte hasta Nueva Inglaterra y por el Occidente hasta el Mississippi, en una vasta extensión de territorio que mide más de 200 millas geográficas de largo por 150 de ancho, donde destruyeron varias poblaciones.



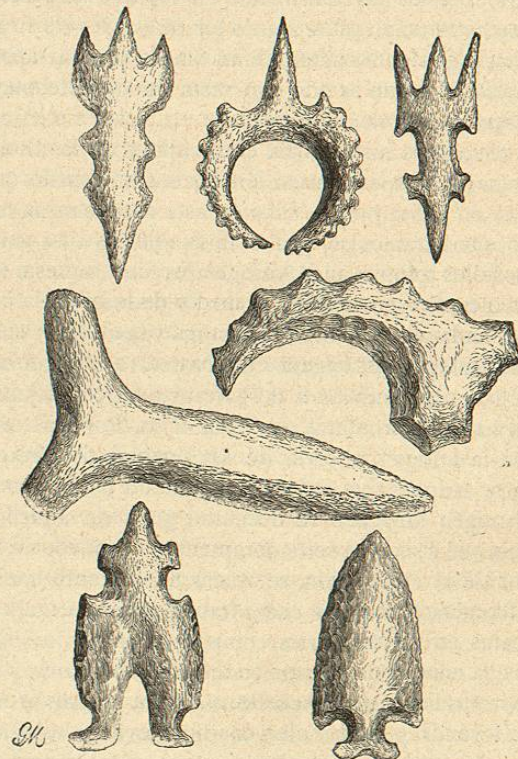
Quipu (Delantal con cordones de nudos, equivalentes á signos de escritura) del antiguo Perú. (Museo para Etnografía, Berlín.) $\frac{1}{10}$ de su verdadero tamaño.

Kollmann dice en su trabajo sobre los autóctonos de América, que esta parte del mundo no es favorable para la inmigración de pueblos, pero se engaña. La América y la Europa son de extensión muy diferente, y en atención á ello no cabe dudar que los mejicanos y los peruanos atravesaron las cordilleras más elevadas, y si el poder de los incas encontró un valladar incontrastable en las selvas vírgenes tropicales de la América del Sudeste, no lo fué la cordillera, que es la segunda de la tierra por su elevación. Ciertas particularidades, como la no existencia de la escritura figurada mejicana en el Perú, el hecho de que en Méjico no se conociera la patata, la total ignorancia en que estaban sumidos los incas y los aztecas de su mutua existencia en el siglo XVI, nada prueban contra las analogías y semejanzas, cuyas raíces llegan á mayor profundidad. Cuando los europeos llegaron á Méjico, los conocimientos geográficos de los aztecas no pasaban del lago de Nicaragua, mientras que el último inca había tenido ya noticia (1513) de la llegada de Vasco Núñez de Balboa al Océano Pacífico. Entre estos dos puntos median tan sólo pocas millas, y casi nada faltó para que los dos horizontes históricos se encontraran. Lo que entonces estaba tan cerca de verificarse, ¿por qué debía quedar sin efecto hasta que los europeos llegaron á estorbar la expansión y el contacto de las potencias indígenas?

En balde se buscaron bases antropológicas para las teorías de grandes emigraciones de pueblos civilizadores. Los antiguos sabios carecían casi en absoluto de noticias acerca de la variedad de las razas que debieron ocupar estos vastos territorios. Orbigny creía que los habitó un solo pueblo, al cual daba el nombre de antepuertano, y Martius, así como otros escritores, defendió vivamente la unidad de la raza americana, sin hacer excepción de los pueblos civilizadores. El color más claro de los habitantes de la puna en el Perú, ni el extraordinario desarrollo de su pecho no son caracteres de raza diferente. Tschudi, comparando los cráneos, ha sacado la consecuencia de que tres razas muy distintas habitaban el reino de los incas antes que

ellos llegasen á ocuparlo. Observando más de cerca el ensanchamiento geográfico de estas tres razas, se ve que la primera, llamada por este autor la raza chuncha, habitó la zona de costa del Océano Pacífico hasta la cordillera; que la segunda comprendía los aymaras, habitantes del país alto, y la tercera, finalmente, á la que distingue con el nombre de huanca, comprende el espacio entre la cordillera de la costa y los Andes, entre los grados 9 y 14 de latitud Sud. Como los signos característicos de estas tres razas que existen hasta el presente día son difíciles de determinar, á causa de las muchas mezclas que se efectuaron después, los modernos antropólogos no han logrado discernirlos, y nadie emprendería la tarea de determinar el origen de un cráneo peruano. Lo mismo sucede en Méjico, en cuyos habitantes hay quien nota cierta analogía con los kalmukos, mientras que la correspondencia de los rostros mejicanos con el indio de piel roja ha sido observada sin contradicción por el sabio Humboldt.

Muy poco se puede observar en lo físico del pueblo que demuestre huellas de una cultura floreciente, que por cierto debe haber durado largos siglos. Es indudable que debió haber cierta diferencia entre los pueblos indígenas de las selvas y los pueblos civilizadores; siendo probable que la permanencia, durante una generación, en un estado más inferior, como sucedió entre los pueblos civilizados de América desde la Conquista, produjera esas señales de una vida enteramente distinta. Los habitantes de la costa del Océano Pacífico entre Accapulco y Tehuantepec, no parecen muy diferentes de los pieles rojas de la América del Norte; pero predominan los rostros de facciones algo más largas y regulares, con los ojos derechos y más abiertos; lo que no impide que haya muchos más irregulares y casi disfor-



Antiguas armas de pedernal y utensilios de Guatemala. (Museo para Etnografía, Berlín.) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño.

mes. La manera de vivir de éstos indios es muy diferente de la que llevan los del Norte de América; circunstancia que influye mucho en las formas del cuerpo; la mayoría de aquellos se compone de labradores y pastores, éstos son medio nómadas. Las ocupaciones pacíficas imprimen al rostro cierto sello de dulzura ó apatía. La población del

istmo de Tehuantepec lleva ese sello unido á un talle esbelto y elegante apostura; los indios de las llanuras superiores y los zapotecas son muy distintos. Colón refiere que en los indios del Sud de las Bocas del Toro, le pareció ver una raza muy diferente. Eran muy bien formados, altos, esbeltos, ágiles y activos. Nadaban á las mil maravillas y permanecían bastante tiempo debajo del agua á semejanza de las aves acuáticas. Los demás indios prefieren la sombra de sus bosques al libre horizonte de la costa. Le llamaron también la atención á Colón sus ricos cultivos, y allí conoció por primera vez las ananas.

De modo, pues, que la unidad general de la raza americana no parece ser tan absoluta que excluya la posibilidad de algunas mezclas con elementos del exterior, pudiendo añadirse que tan absoluta unidad no existe en ninguna raza de la tierra y que ninguna deja de ostentar las ligeras variaciones de un tono fundamental, el de su carácter de raza.

Una cosa análoga sucede en el terreno etnográfico. Las tan á menudo citadas frases de Ulloa y de otros autores que vienen á decir que visto un indio vistos todos, pueden aplicarse, no sólo á los caracteres antropológicos, sino también, y quizás más, á los etnográficos. Este descubrimiento no data, ni mucho menos de nuestros días. Du Pratz, en su obra sobre la Luisiana, que se publicó en 1758, dice: «En el fondo tienen las mismas costumbres, hablan y piensan de la misma manera.» Lafiteau escribió 24 años antes: «En todas partes se encuentra el mismo espíritu en el gobierno, el mismo talento para los negocios públicos, los mismos usos para las asambleas solemnes y secretas.»

En efecto, casi no quedan más que diferencias lingüísticas para hacer resaltar una variedad en el rasgo fundamental de la igualdad etnográfica de todos los indios residentes en los países comprendidos entre el Mississippi, el Océano Atlántico, San Lorenzo y el golfo de Méjico. Prescindiendo de las particularidades lingüísticas, un sabio americano, Luciano Carr, ha comparado recientemente las diferencias internas que entre los indios de este territorio existen con las que hoy día se encuentran entre la industrial Rhode-Island y la agrícola Indiana. Certo que hay siempre diferencias entre pueblo y pueblo y que son doblemente importantes para la apreciación de las diferencias de cultura las principales propiedades particulares que se levantan como árboles por encima del césped y de la hierba, cuyo uniforme desarrollo en forma de prados puede ser comparado con las manifestaciones externas de la vida de los pueblos naturales; pero de ellas se desprende la importante enseñanza de que no son las dotes internas de esa parte de la humanidad, sino sus condiciones externas, las que hacen permanecer á estos pueblos en el estancamiento y de que no es que las fuentes de las aptitudes broten en formas varias, sino que el suelo que riegan aparece diversamente productivo. Contemplando las obras artísticas del Noroeste americano, las formaciones de los Estados del Sudoeste africano y de los mitos de Polinesia, puede quedar alguna duda acerca del número relativo de las cualidades existentes en un pueblo, pero no de su diferencia esencial. Las aptitudes artísticas del esquimal colocado en las condiciones más desfavorables, y dadas á conocer en sus muebles, armas, productos industriales, usos, mitos, etc., apenas ceden á las del mejicano y del peruano en cuanto á sus elementos principales.

Las antiguas civilizaciones americanas tampoco son desconocidas en el país ni se las tiene por fenómenos extraordinarios. Las ideas religiosas y las bases de las instituciones sociales son iguales en el Perú, en Méjico y en las regiones del Mississippi y del Plata.

Todo lo grande y brillante que aquí ha surgido, existe

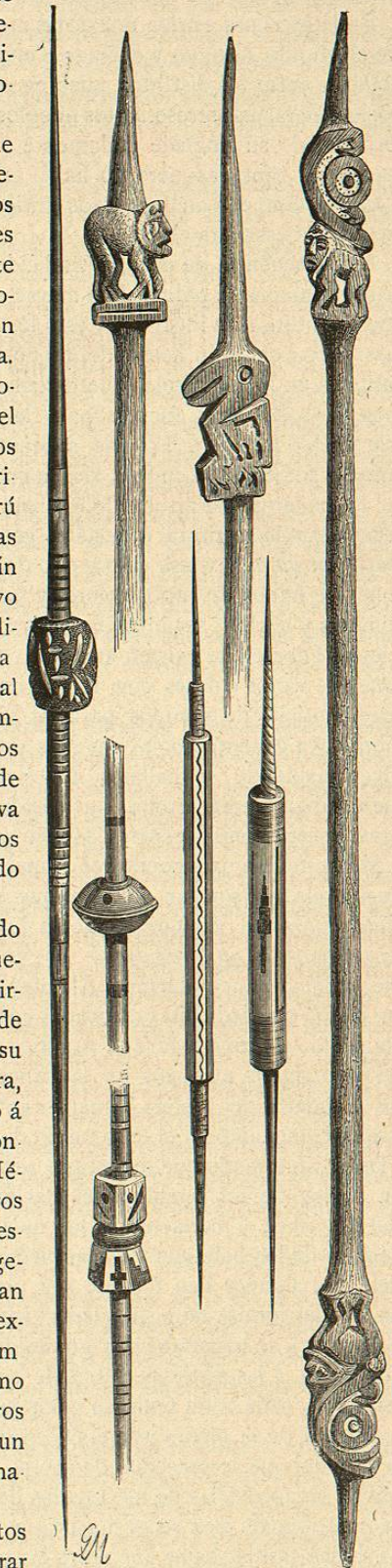
como germen ó como fruto caído aun en aquellos pueblos que no construyeron pirámides ni fundaron pueblos. La hipótesis de que todo cuanto poseen los toltecas, mayas y quechuas lo recibieron de las colonias sacerdotales procedentes de Asia, nos parece por ahora poco justificada. Así planteada, no puede contestarse á la pregunta relativa al origen de las civilizaciones americanas.

La superioridad que esos pueblos ó imperios tienen sobre los demás americanos, es debida principalmente á la organización, tomada esta palabra en su acepción más lata.

El carácter y la moral, la inteligencia y el poder son los mismos en Méjico que á orillas del Ohio, en Perú que junto al río de las Amazonas. Es común á todos en el Nuevo Mundo la falta de libre individualidad, sacrificada á la tribu, al Estado; falta que impidió á los llamados pueblos civilizados de la América primitiva llegar á la altura de los pueblos del Mundo Antiguo.

Aun prescindiendo de ella, cualquier pueblo americano, en virtud de sus dotes y de los elementos de su patrimonio de cultura, pudo haber llegado á la altura en que encontramos el Perú y Méjico. Separar los rasgos fundamentales del desenvolvimiento indígena de los que acusan una procedencia extranjera es tarea imposible, por lo mismo que lo que á nuestros ojos se ofrece es un fragmento de la humanidad.

Carecemos de datos seguros para comparar el estado de adelanto de los países americanos con el de los nuestros. Sólo podemos indicar algunos puntos principales. Tenemos allí pueblos agricultores, residentes en aldeas y ciudades, que construyeron importantes edificios de piedra, sirviéndose de herramientas de cobre y bronce; que poseyeron elementos de escritura, que hicieron cosas notables en



Husos y agujas de Ancón, antiguo Perú. (Museo para Etnografía, Berlín.) $\frac{2}{3}$ de su verdadero tamaño.